



## Las tiranías o el hambre llama dos veces

Política Internacional, 14/03/2012

No constituye ningún giro retórico sostener que la concentración de poder en manos de un solo individuo y el despotismo personal ha existido toda la vida. Como sostiene brillantemente Mark Lilla, el lenguaje político sigue arraigado en las experiencias del siglo XX, pero pasada la época de los totalitarismos, el tradicional problema de las formas de gobierno y la concepción clásica de la tiranía siguen reclamando nuestra atención. Llámese autocracia, absolutismo, autoritarismo, nepotismo, despotismo ilustrado, etc., no constituye ningún despropósito mantener que todos los tiempos han conocido individuos que se han valido de diferentes circunstancias para sumir a sus semejantes bajo su poder personal y el de su familia. Podríamos decir que esta tendencia no ha respetado ni sociedades ni momentos históricos, y que los ha habido tanto defensores de ideales estrictamente individuales y liberales, como propulsores de proyectos nacionales, colectivos o comunitarios; pero seguramente casi todos han sucumbido a dejar a sus herederos el poder y a tener a *El príncipe* como texto de cabecera, al estilo del mismo Napoleón. El profesor de Ciencia Política de la Universidad de Yale, Robert Dahl, ha sostenido que una de las ventajas que tiene el régimen democrático sobre otras formas de gobierno es el crecimiento económico que experimentan aquellos países en los que se ha adoptado dicho régimen, así como la calidad de vida que terminan poseyendo sus ciudadanos. Y Algo de cierto debe haber en esa afirmación, como lo demuestran la pobreza y el hambre de muchos países africanos, de los cuales no han escapado ni los que como Libia poseen amplias riquezas petroleras; esto sin contar también otros casos emblemáticos, como la gran hambruna ocurrida en la China de Mao en los comienzos de los sesenta, después de lo que se llamó el Gran Salto Adelante, o los casos de desnutrición y ceguera que sufrieron muchos ciudadanos cubanos luego de que en los principios de los noventa los soviéticos dejaran de subsidiar la economía de la isla. Pero uno de los paradigmas de ese ejercicio personal y discrecional del poder y del padecimiento que sufren los ciudadanos bajo estos gobiernos, lo constituye, sin duda, la República Democrática Popular de Corea. Como se sabe, desde el año 1948, y después de la división de la península de Corea a raíz de la segunda guerra mundial y la ocupación japonesa, Corea del Norte fue gobernada por Kim Il Sung, a quien sucedió su hijo, Kim Jong-il, en 1998. En esos años Corea del Norte sufre una hambruna que según lo poco que se conoce en Occidente, alcanzó para ese entonces la cifra de 1 millón de muertos. Pero por si esto fuera poco, los delegados del heredero de éste, el recién nombrado gobernante Kim Jong-un, ultimán en estos días los detalles en China para que Estados Unidos envíen unas 240.000 toneladas de alimentos a su país, con la condición de suspender su programa nuclear de enriquecimiento de uranio, así como los lanzamientos de misiles de largo alcance. Esto "con perspectivas de asistencia alimentaria adicional", pues al parecer el déficit de alimentos en Corea del Norte alcanza a un millón de toneladas, lo que según parece ha cobrado la cifra de 6 millones de muertes desde la primera hambruna. El problema que se plantea ahora Estados Unidos es cómo hacer para que esos alimentos lleguen a las capas de la población que más sufren, como los ancianos y los niños, porque el mundo no confía ya en unos gobernantes que, mientras sus conciudadanos pasaban hambre, ellos enviaban a su cocinero de confianza a recorrer el mundo en busca de los mejores manjares para que fueran servidos en su mesa.